

lidad de emprenderlas presupone que poseía ya una ciudad propia. El gato no caza en el vedado del león. Además, según 1. Sam., 30, es Siclag el punto de partida de David cuando sale á campaña.

VIII. Muerte de Saul y de Jonatan. David, príncipe feudatario filisteo de Siclag.

Al pasarse David á los filisteos, obligado á ello por Saul, se había colocado en una posición muy falsa y difícil. El en otro tiempo célebre campeón de Israel contra los filisteos, estaba á la sazón al servicio de estos. Para granjearse la confianza de sus nuevos señores, su pasado le imponía actos que debían enajenarle todo el cariño de su propio pueblo. Otro hombre menos hábil y menos enérgico habría sucumbido bajo las dificultades de semejante situación. No así David, el cual no solo consigue sostenerse en ella, sino que la aprovecha como transición para llegar á imperar como rey sobre todo Israel. Fugitivo, perseguido y debilitado en lucha desigual cuando se vio obligado á abandonar el territorio israelita, vuelve á pisarlo como caudillo de tropa aguerrida y victoriosa, no solicitando admisión, sino ofreciéndose como útil aliado á su tribu; y desde el trono real de ésta, con inalterables actividad y astucia, se abre camino hasta el de la nación israelita. Cierto es que á ello contribuyeron grandemente varias circunstancias: el corto alcance político de los filisteos, la muerte de Saul y de Jonatan, en la cual no tuvo parte y que ocurrió por la poca habilidad de aquellos, las disensiones y la incapacidad de los saulitas sobrevivientes.

Las vicisitudes de David como feudatario filisteo en Siclag están referidas en 1. Sam., cap. 28-31. Según el cap. 28, 1-2, reúnen los filisteos su ejército para salir á campaña contra Israel. Akisch exige á su vasallo que le acompañe á la guerra, y éste se ofrece gustoso á ello, asegurando que ahora verá su señor cómo se porta su siervo. El rey dispone que David y los suyos formen su guardia personal.

En este punto se interrumpe de pronto la narración para dar cabida á un episodio: el tan mentado de la visita de Saul á la sibila (bruja) de Endor, uno de los pasajes más dramáticos de todo el Antiguo Testamento.

Samuel ha muerto, según dice el relato, llorado de todo Israel, siendo sepultado en su ciudad de Rama. Por orden de Saul — aconsejado por Samuel, según parece ser la suposición del relator — han sido arrojados del país los evocadores de muertos y de espíritus sabios (1). Reunidos ya los filisteos, acampan en Sunem, mientras que Saul y los suyos lo hacen en Gilboa. Cuando el rey israelita ve el campamento enemigo, apodérase grande temor de su ánimo; consulta á Jehova, pero no recibe respuesta, ni en sueños, ni por medio de los Uarim, ni por boca de profetas. Manda entonces á sus criados que le busquen una evocadora de muertos, y le contestan que en Endor hay una. Saul cambia de traje y se dirige de noche á casa de la hechicera, acompañado de dos de sus criados; pídele que conjure el espíritu de un muerto cuyo nombre le dirá. La bruja se resiste, y recordando al desconocido lo dispuesto por el rey contra los adivinos, le manifiesta el temor de que se le tienda una celada para hacerla matar después; mas Saul le jura que nada tiene que temer. Decídese entonces la mujer, y pregunta á quién ha de conjurar; Saul nombra á Samuel. Al ver la bruja aparecer á Samuel, conjurado por ella, clama en alta voz á Saul, diciéndole: *¿Por qué me has engañado, pues que tú eres Saul?* Pero el rey la anima, y manda que le diga lo que ve; ella

(1) Mas adelante tendremos ocasión de hablar de estas antiquísimas supersticiones.

contesta: *He visto dioses que suben de la tierra. — ¿Cuál es su forma?* vuelve á preguntar el rey, y la mujer le responde: *Un hombre anciano sube cubierto de un manto. Saul entonces reconoce que es Samuel y se postra ante él.*

El espíritu conjurado pregunta á Saul: *¿Por qué me inquietas y me has hecho conjurar?* y contéstale el rey: *Muy mal me va. Los filisteos pelean contra mí, y Dios se ha apartado de mí, y no me responde ya, ni por boca de profetas, ni por sueños; por esto te he llamado, para que me declares qué tengo de hacer.* Mas Samuel le reprende, diciéndole: *¿Y para qué me preguntas á mí, ya que Dios se ha apartado de tí y es tu enemigo? Jehova ha obrado, pues, como me había dicho. Jehova ha arrancado el reino de tu mano y lo ha dado á tu sucesor David. Como tú no obedeciste á la voz de Jehova, ni cumpliste su ira sobre Amalec, por eso Jehova te ha hecho esto hoy. Mañana morirás tú con tus hijos, y el campamento de Israel será entregado por Jehova en manos de los filisteos (2).* Oidas estas palabras, cae Saul en tierra; le faltan por completo las fuerzas, porque acongojado no ha comido nada aquel día, ni en la noche anterior. Cuando la mujer ve el efecto que el conjuro ha producido en el rey, se acerca á éste y le ruega que, así como ella ha obedecido á su voz, él ahora se digne acceder á lo que le pide, y coma un poco de pan, para que así fortalecido pueda hacer su camino. Saul se niega al principio, pero acaba por ceder á las instancias de sus criados y de la mujer; levántase del suelo y se sienta sobre el almohadón. La mujer cuece pan, y mata y guisa un ternero que tenía en su casa. Luego que han comido Saul y sus acompañantes, emprenden su camino aquella misma noche.

En este relato se trasluce desde luego su fecha moderna, porque nos presenta á Samuel tal como le vimos en 1. Samuel, 15; á Saul como rechazado y consultando oráculos con profetas, y á David como sucesor de Saul, bastando esto solo para negarle todo carácter histórico; y no hemos menester, por lo mismo, discutir hasta qué punto concuerda la imagen que de Saul nos ofrece el cap. 28 con la que hemos debido formarnos en vista de datos más antiguos, ni tampoco las razones que pudiera tener el relator para aseverar que Saul no había recibido oráculo alguno por Urim y Tummin. Por otra parte, el puesto que ocupa este relato en el contexto de la narración, demuestra ya á primera vista que ha sido intercalado posteriormente. Su autor no ha sabido formarse un concepto exacto de la situación de los dos ejércitos beligerantes. Hace acampar á los israelitas en el Gilboa, y á los filisteos al Noroeste de allí junto á Sunem, situado al extremo del llano; mas según el cap. 29 los israelitas fueron rechazados, después de pérdida la batalla, hácia el monte Gilboa, en dirección Sudeste, habiendo acampado primitivamente junto á la fuente en el llano de Jisrel, y los filisteos en Aphec. Es, además, evidente que el cap. 29, 1 es la verdadera é inmediata continuación del 28, 1 y 2, que contienen sus premisas y que colocados delante del 28, 3 y siguientes, como se encuentran ahora, no tienen efecto alguno. Parece más bien que el episodio del 28, 3 y siguientes, debía venir referido después del cap. 29, y así no resultaría cortada la narración. Esto confirma también nuestra conclusión de que debe rechazarse, por antihistórica, la especie de que Saul antes de su fin acudiera, en su desesperación, á consultar á la evocadora de muertos de Endor.

Antes de proceder al ataque, Akioch pasa revista á su ejército. Detrás de los príncipes de los filisteos con sus compañías de á ciento y de á mil, sigue David con su gente, y al verle se quejan aquellos á Akisch de la presencia de aquel hebreo, en el cual no hay que fiar, pues puede verse tentado

(2) Véase este pasaje en Wellhausen.

á hacerles traición para reconquistar el favor de su antiguo señor, y piden que sea alejado del ejército y vaya á ocupar su puesto primitivo. Akisch procura hacer valer su protección á David, observando que ya hace dos años (1) que le tiene á su lado y le ha encontrado siempre fiel; pero acaba por ceder á la exigencia de los otros príncipes, y comunica á David que, por atención á estos, se ve obligado, aunque él ha merecido siempre su confianza, á mandarle que regrese en la mañana siguiente á su hogar. Aunque ofendido David por la desconfianza de los filisteos, cumple con puntualidad militar las órdenes del rey. Al propio tiempo que David emprende con su gente la marcha de regreso á Siclag, se pone en movimiento el ejército de los filisteos para atacar al de Saul.

Al tercer día llega David con los suyos á Siclag y solo encuentra humeantes ruinas. Los amalecitas han hecho irrupción y llevados los ganados, las mujeres y los niños, prendiendo fuego á la ciudad. Hay grande explosión de lágrimas entre los soldados de David, que lloran hasta que les faltan las fuerzas para ello (2); pero la ira de estos hombres, privados de sus mujeres y de sus hijos, se vuelve luego contra David, el cual con dificultad se libra de ser apedreado por ellos. Tomando rápida decisión, manda á Ebyatar que acerque el Ephod y consulte á Jehova si debe perseguir al enemigo y si le alcanzará; la contestación es afirmativa. Emprende entonces, sin más demora, la persecución con sus 600 hombres; mas al llegar al *Nachal habbesor* (el torrente de Besor) (3) se quedan allí 200, rendidos por la fatiga, y solo 400 pasan el torrente. En su camino encuentran á un hombre próximo á desfallecer; y reanimado con alguna comida y bebida, refiere que es egipcio, esclavo de un amalecita, el cual le ha dejado abandonado en el camino hace tres días porque estaba enfermo, y que ha tomado parte en la incursión de los amalecitas en el Sur de los territorios filisteo y judaíta. Habiéndole dado seguridad de que David no lo mataría, ni lo entregaría á su antiguo señor, se manifiesta dispuesto á ponerles sobre las huellas de la algará amalecita. Estaba ésta desparramada, comiendo y bebiendo, y celebrando la presa que habían hecho. David cae sobre ella de improviso, mata á todos los varones, menos 400 mancebos que han podido montar rápidamente en sus camellos, liberta á las mujeres y á los niños de Siclag y hace rica presa de ganado. Cuando de regreso llega al torrente de Besor, se suscita una riña por si los rezagados han de tener parte también en la presa; algunos no quieren concederles sino la devolución de sus parientes libertados, mas David decide la disputa en favor de aquellos. Desde entonces es costumbre en Israel, que los que se quedan guardando el bagaje, reciben igual parte de la presa que los que pelean. David aprovecha una parte de la valiosa presa (consistente en ganado) para hacer presentes á los principales de Judá y á sus amigos; los v. 30, 27-30 enumeran detalladamente las familias de ciudades judaítas que recibieron de David parte de esta bendición de la presa amalecita. Entre ellas se encuentran también las principales de Caleb, Jerachmeel y Caín; el objeto de esta liberalidad por parte de David, quedará demostrado más adelante.

Mientras el feudatario filisteo David se distingue en el Sur por medio de un glorioso hecho de armas y sabe hacerse grato á sus compatriotas judaítas, encuentran la muerte en el llano de Jisrel, Saul y sus hijos mayores, así como el sucesor de David en el servicio del rey, sin que David se vea en el

caso de tener que combatir contra su antiguo señor y contra su amigo. El ejército israelita es rechazado sobre el Gilboa, y perecen los tres hijos mayores de Saul: Jonatan, Abinadab y Malkischua. Saul procura huir, pero los flecheros le siguen de cerca, y no sabe cómo escapar; pide á su escudero que lo mate para no caer en manos de los filisteos, y negándose éste á ello, se echa sobre su propia espada; y el escudero imita su ejemplo. Bajo la impresión de esta derrota, los israelitas abandonan sus ciudades situadas entre el Gilboa y el Jordan y las ocupan los filisteos (4).

Al día siguiente al de la batalla encuentran los filisteos los cadáveres de Saul y de sus hijos, y los cuelgan en los muros de Bet-Schean, después de haber cortado la cabeza al del rey, enviándola con sus armas, como trofeos, á su país. Cuando los habitantes de Jabes de Galaad saben esto, envían por la noche á sus hombres de guerra para robar los cadáveres de Saul y de sus hijos, que son llevados á Jabes y quemados, dando sepultura á sus huesos; los habitantes ayunan en señal de luto durante siete días. De este modo guardan su fidelidad, aun después de muerto, al rey que los salvó de las manos de los amonitas, y le rinden un tributo de gracias propio de corazones esforzados. La lucha de Israel por su libertad empezó con la expulsión de los filisteos de la tierra de Benjamin, en el reinado de Saul; pero cuando Saul sucumbe, caen bajo la dominación filisteá, hasta el llano de Kischon, las tribus del Norte y las ciudades situadas en la llanura del Jordan, al Este de la montaña de Gilboa. Mala herencia es la que deja Saul á su hijo menor de edad, quedando comprometida la posesión de toda la comarca occidental del Jordan. Los filisteos ocupan en el llano de Kischon una posición central que todo lo amenaza, y son un enemigo mucho más temible que la población cananea que allí habita. Aquel de cuyas manos ha de venir la salvación se encuentra allá en el fondo del Sur, como vasallo filisteo, trabajando con talento y astucia para que la tribu de Judá se separe de la dinastía benjamita. Mas ésta sostiene durante algunos años, bajo la dirección de Abner; una lucha no desprovista de gloria contra estos dos enemigos. Tan solo cuando Abner, obligado por una disensión de familia, se pasa al campo de David, tienen fin los destinos de la dinastía benjamita.

CAPITULO III

ESCHBAAL (ISBOSETH) Y DAVID

Muy pocos son los datos que poseemos sobre el desenvolvimiento de los sucesos que abrieron el camino á David para llegar al trono de Israel; solamente la historia de la constitución de su reino de tribu en Judá se encuentra expuesta con claridad y congruencia.

Refieren este último suceso 2. Sam., 1-2, 4. No es, sin embargo, 2. Sam., 1, 1 la continuación natural de 1. Sam., 31, 13, sino 2. Sam., 2, 1 (5). Contiene 2. Sam., 1, una relación, extraña al contexto del relato general, sobre la manera como llegó á David y recibió éste la noticia de la muerte de Saul y de Jonatan. Esta relación es contradictoria de lo referido en 1. Sam., 31 (6), y por lo mismo nos incita á examinar

(4) Como casta dominadora. La población de estas ciudades era cananea todavía, como nos consta que lo era la de Bet-Schean y la de las ciudades del llano de Kischon.

(5) Véase Bleek: *Introducción cuarta*, pág. 221.

(6) Algo parecido debió, sin embargo, de constar en otro tiempo, pues cuando traen á David, en Hebron, la cabeza de Eschbaal, dice, según 2. Sam., 4, 10: *Al que me anunció la muerte de Saul, imaginándose que me trataba buenas nuevas, yo lo prendí y lo maté, en pago de su mensaje.* Véase este pasaje en Wellhausen.

(1) Véase este pasaje en Wellhausen.

(2) Lo que recuerda á los héroes de Homero.

(3) Debe ser el actual *Wadi escheria*, al Sur de Gaza, ó uno de los Wadis (ríos) que desembocan en aquel.

desde luego lo que pueda tener de verosímil. Refiere que al tercer día después del regreso de David de la refriega con los amalecitas, se le presentó en Siclag un hombre, con los vestidos rotos y la cabeza cubierta de polvo, diciendo que se había escapado del campamento de Israel. A las preguntas que le hacen, contesta que es hijo de un amalecita que vive en Israel como protegido, y que casualmente llegaba á la montaña de Gilboa cuando Saul — apoyado en su lanza (1) — fué cercado por los jinetes enemigos. El rey le llamó y le rogó que lo matase, á lo que accedió él, porque reconocía que no habría sobrevivido á su caída; tomó su diadema y su ajorca, y en aquel momento las ofrece á David, su señor. Mas David rasga sus vestidos, y manda dar muerte al portador de la noticia, porque ha puesto su mano en el ungido del Señor.

Desde luego es mucho más probable que Saul perdiera la vida por su propia mano, después de haberse negado su escudero á darle el golpe mortal, que por la de un amalecita que casualmente se había extraviado en medio del tumulto de la batalla (2); además, toda la tendencia de esta relación es poco favorable á su verosimilitud: el amalecita entrega precisamente á David, en Siclag, la diadema y la ajorca porque le considera como sucesor de Saul; idea fuera del alcance de toda suposición en aquellos momentos. Es asimismo sospechosa esta historia porque manifiesta con toda evidencia que tiene por fin determinado hacer resaltar los nobles sentimientos de David hacia la monarquía benjamita.

Fueran estos los que fueran, es para nosotros una expresión mucho más pura y noble de la simpatía de David, la elegía dedicada por éste á Jonatan y Saul, que puede considerarse como auténtica por sus sentidos aceros y muy particularmente por la mención especial que hace de Jonatan. Respira el más noble cariño hacia éste y la más profunda estimación hacia Saul, como se la merecía semejante adversario; es verdaderamente humana en su inspiración, y no tiene el menor rastro de los conceptos teocráticos posteriores. Forma el final de 2. Sam., cap. 1, y procede del «Libro del Justo.»

«Perecido há la gloria de Israel sobre tus montañas.
¿Cómo han caído los valientes?
No lo digáis en Geth,
No deis las nuevas en las plazas de Ascalon;
Porque no se alegren las hijas de los filisteos,
Porque no salten de gozo las hijas de los incircuncisos.
Montes de Gilboa,
Ni rocío, ni lluvia caiga sobre vosotros, ni seas tierras de ofrendas;
Porque allí fué profanado el escudo de los héroes,
El escudo de Saul, como si no hubiera sido ungido con óleo santo.
Sin sangre de muertos,
Sin grasa de valientes,
El venablo de Jonatan nunca volvió atrás,
Ni la espada de Saul se tornó á la vaina.
Saul y Jonatan, amados y queridos en su vida,
En su muerte tampoco fueron apartados;
Mas ligeros que águilas,
Mas fuertes que leones.
Hijas de Israel, llorad sobre Saul,
Que os vestía de escarlata en regocijos,
Que adornaba vuestras ropas con ornamentos de oro.
¿Cómo han caído los valientes en medio de la batalla?»

(1) Esta es tan típica, que no se puede desprender de Saul ni en situación tan grave.

(2) Los historiadores armonistas se valen aquí de la hipótesis de que el tal amalecita ha inventado la historia que relata y robado, como lo hacen las modernas hienas de los campos de batalla, el cadáver de Saul. Mas esto no pudo haber sucedido dado lo que dicen 1. Sam., 31, 9 y siguientes, relato que, además de su propia verosimilitud, está garantido por la gratitud manifestada por David á los varones de Jabes, según se ve en 2. Sam., 2, 5-7.

¡Jonatan muerto en tus alturas!
Angustia tengo por tí, hermano mio Jonatan,
Que me fuiste muy dulce;
Mas maravilloso me fué tu amor que el amor de las mujeres.
¿Cómo han caído los valientes?
¿Cómo perecieron las armas de guerra?»

El cap. 2, del lib. 2. Sam., que, como ya hemos dicho, es continuación de 1, Sam., 31, — si bien debió de unir en otro tiempo estos relatos una narración que explicara cómo recibió David la noticia de la derrota de Israel y de la muerte de Saul y de sus hijos — nos refiere que David ha consultado á Jehova, si, en vista de las circunstancias, debía ocupar alguna de las ciudades de Judá; y Jehova le contesta afirmativamente, designándole á Hebron, la antiquísima capital de la tribu mixta idumea-judaita de Caleb, como la ciudad en que debe fijar su residencia. Marcha allí con su familia y su tropa, y es ungido rey sobre la casa de Judá por los principales varones de esta tribu. No le eligen porque vean en él al rey designado por Dios, sino que aceptan la proposición que les hace David de que le nombren rey de su tribu, porque consideran que les es conveniente, y hemos de suponer que para ello habría habido sus negociaciones entre una y otra parte. Estas negociaciones están como indicadas en 1. Samuel, 30, 26, y todo induce á creer que los presentes que en este pasaje se mencionan, hechos por David á los ancianos de Judá, Caleb y Jerachmeel, no lo fueron sino después de la muerte de Saul. Así conquistó David su antigua patria, y ésta su más distinguido y probado hombre de guerra; y como la monarquía benjamita había demostrado su incapacidad para sacudir el yugo filisteo, debió ser precisamente David para la casa de Judá un rey grato y deseado, pues era vasallo y favorito del rey filisteo Akisch, y por lo mismo una garantía de inmediata paz con el enemigo hereditario para la especialmente expuesta tribu de Judá. Por su parte, los filisteos no vieron tampoco con malos ojos á David en Judá; en primer lugar, porque la agrupación de varios clanes que empezaba á formar entonces la tribu de Judá, en el sentido que se dió á ésta después, separaba sus destinos de los del conjunto de Israel y así se debilitaba considerablemente la fuerza de la casa de Saul, y en segundo lugar, porque David gobernaba en Judá como vasallo filisteo, según veremos luego. Solo viene el rompimiento cuando David es proclamado rey de todo Israel. De este modo, la consecuencia de la batalla del monte Gilboa fué debilitar la monarquía benjamita, tanto en el interior como en el exterior: Judá estaba perdida, y casi toda la comarca occidental del Jordán en directa dependencia de los filisteos. Es muy posible que David considerase ya entonces la soberanía sobre Judá tan solo como una etapa en el camino que debía conducirle á la monarquía nacional de todo Israel.

Los obstáculos que en este camino había que vencer eran de bastante monta, y solo podían ser dominados aguardando pacientemente y procediendo con rapidez cuando se presentase el momento oportuno. El cap. 2-5 del 2. Sam. nos describe con bastante claridad cómo va aumentando gradualmente el poderío de David, debido en parte á su propia energía y á su propio talento, y en parte á la impotencia, incapacidad y ruindad de sus adversarios. No habían quedado mas que dos descendientes de Saul, Eschbaal, el hijo menor de éste, y un hijo de Jonatan, llamado Meribaal (3). Se-

(3) Varón ó héroe de Baal, esto es, de Jehova, derivado de una antigua palabra hebrea, caída en desuso, *meri*. Fanáticos posteriores desfiguraron este nombre, convirtiéndolo en Mefiboset, así como el de Eschbaal en Isboseth (véase 2. Sam., 4, 1-2, donde intencionadamente se ha suprimido el nombre de Eschbaal, borrado en toda probabilidad por un revisor moderno).

gun 2, 10^a, tiene el primero 40 años de edad cuando sube al trono y reina dos años; pero este dato es una glosa, como se deduce de que el v. 10^b es la continuación del v. 9. Es además una glosa completamente inexacta, porque no se compagina con el papel, por demás insignificante, que representa este hijo menor de Saul. En 2, 8 y 9, vemos que: *Abner, general de Saul, tomó á Eschbaal y se le llevó á Mahanaim, y alzólo por rey sobre Galaad y Geschur (1); sobre Jisrael, Efraim y Benjamin, y sobre todo Israel. Solo la casa de Judá seguía á David.* De este pasaje se desprende con toda seguridad que Eschbaal era todavía entonces menor de edad — de otro modo habría estado también con el ejército que sucumbió á manos de los filisteos en el llano de Jisrel, — y se deduce también que él era rey, pero su tío Abner el verdadero gobernante. El nieto de Saul, Meribaal, era un niño de cinco años á la sazón, y había tenido la desgracia de que su ama lo dejase caer cuando huía, 4, 4, y de quedar cojo, de suerte que estaba incapacitado para ser rey. Por tanto, la dinastía benjamita estaba sostenida solamente por la espada y el talento de Abner, primo de Saul.

Mientras de este modo á la cabeza de Israel se hallaba un joven bajo tutela, á la cabeza de Judá estaba el antiguo favorito del pueblo, David, el héroe dotado de todas las virtudes varoniles, que no perdonaba ocasión de captarse el favor de los israelitas. Por eso envió á felicitar á los hombres de Jabes por la piedad que habían mostrado con el cadáver de Saul, invitándoles, pues que su jefe había muerto, á alistarse en las banderas judaitas y pasar á su campamento.

Pesaba sobre la casa de Saul la doble carga de romper las cadenas con que le oprimían los filisteos y de obligar á la tribu de Judá, á la sazón emancipada, á reconocer la supremacía de la dinastía benjamita. Al mismo tiempo, David, como feudatario de los filisteos, no solo tenía libertad de acción contra Israel, sino que la victoria de los filisteos había fortalecido su poder por la confianza que el rey filisteo tenía en su fidelidad y sumisión.

Verdaderamente el sol y la sombra estaban repartidos demasiado desigualmente para que pudiera durarse el resultado final de todo. A pesar de los esfuerzos de independencia de la única tribu que seguía á David, éste debía ser finalmente señor de todas ellas; y si tal acontecimiento se realizó tan pronto, lo debió á la división que se introdujo en el campo enemigo.

Abner tomó la resolución de trasladar la residencia real al otro lado del Jordán, resolución juiciosa, porque allí estaba el centro de la vida israelita en aquellas circunstancias; y desde allí comenzó energicamente la campaña para recobrar las posiciones perdidas. Parece que, ante todo, hubo un combate contra el feudatario de los filisteos, David; pero de la única fase de esta especie de guerra civil no sabemos nada positivo que nos permita formar una idea fija de los sucesos, que por lo visto fueron olvidados muy pronto en Israel. Solo se nos habla de una batalla dada junto al estanque de Gibeon (Gabaon), porque en su principio está enlazada con el curso de los sucesos referidos en 2. Sam., 12 y 3-1.

Abner con el ejército israelita emprendió una expedición á Gibeon para desde allí caer sobre Judá. Solo Joab con la hueste judaita salió á su encuentro, y á la orilla del estanque de Gibeon se encontraron frente á frente ambos ejércitos. Los dos caudillos convinieron entonces en que para divertir á sus tropas lucharan cuerpo á cuerpo doce jóvenes benjamitas con otros tantos judaitas; pero en la lucha cada uno de los contendientes asió á su adversario por el cabello con la mano izquierda y le hundió con la derecha la espada en el

(1) Estropeado en el texto masorético.

costado; de modo que murieron los veinticuatro. Desde entonces se llamó aquel sitio «el campo de los pérfidos (2).» A esto siguió un vivo combate en el cual vencieron los judaitas. En el ejército mandado por Joab estaban sus dos hermanos Abisai, hijo de Sarvia, y Azael. Este último, que corría como una gacela, siguió el alcance de Abner. El veterano guerrero, no queriendo emplear sus armas en aquel joven, le amonestó que cesara en su persecución y desahogara su humor belicoso en otro que pudiera proporcionarle algún botín; pero el fogoso joven no quiso perder la oportunidad que creía haber encontrado de ganar fama venciendo á un héroe tan esforzado como Abner. Entonces éste se volvió y traspasó el cuerpo de Azael con su lanza. La persecución siguió con ardor y llegó hasta dentro del territorio benjamita, no cesando sino cuando se puso el sol. Al llegar la noche las fuerzas benjamitas se reunieron en torno de su caudillo y ocuparon un collado. Abner requiere á Joab que ponga término de una vez á la matanza, y éste manda retirar sus tropas. El caudillo benjamita se dirige con su ejército derrotado hacia Mahanaim por el llano del Jordán, mientras que Joab y los suyos marchan en dirección Sur y llegan por la mañana á Hebron. Azael es sepultado (durante la marcha) en Bethlehem.

Desde entonces, dice 3, 1, hubo larga lucha entre la casa de Saul y la casa de David; mas David se iba fortaleciendo, mientras que la casa de Saul se debilitaba cada día más.

Es evidente que el relato de la batalla junto al estanque de Gabaon tiene todos los caracteres de la leyenda. La historia de los mancebos que se clavan unos á otros tan espadas, es una de las muchas leyendas de desaffos dispuestos por dos ejércitos enemigos que se encuentran frente á frente y que no por eso dejan de medir después sus fuerzas en reñida batalla; y por cierto que en este caso es una variante sobrada exagerada, deduciéndose además muy claramente que es etimológica, derivada del nombre «Peña de los Ruines.» Carecemos, pues, de detalles fidedignos acerca de la lucha que sostuvieron Eschbaal (Isboseth) y David.

Las disensiones ocurridas luego en la familia de Saul fueron otra de las causas que motivaron la ruina de la monarquía benjamita. Abner, que no perdona esfuerzo para consolidar la casa de Saul, cree que solo se le paga con ingratitud. Eschbaal le echa en cara un día, imprudentemente, que ha tenido relaciones con la concubina de Saul, llamada Rispa. El joven rey ve en esto, tal vez sin razón, pero de buena fe, un primer paso por parte de Abner para hacerse dueño del reino. Mas Abner se enoja y dice que no es cabeza de perro judaita (3), y que no ha merecido de la casa de Saul que se le hagan reconveniones á causa de una mujer (versión de los LXX). En su ira pronuncia el voto de que Jehova cumpla como ha prometido el destino de la casa de Saul, dando el reino á David. Eschbaal es demasiado débil para tomar venganza de tan insultantes palabras.

Abner, sin embargo, no olvida la afrenta que se le ha hecho; después de lo sucedido, no puede ya retroceder y ha de seguir adelante, porque el triunfo de Eschbaal sería su muerte. Entabla, pues, negociaciones con David, y pide á éste que haga alianza con él. David consiente en ello, pero bajo la condición de que le sea devuelta Micol, su primera mujer. En tales circunstancias, se comprende que tuviese grande interés en ser yerno de Saul. Reclama á Micol directamente de manos de Eschbaal, el cual se la quita á su segundo marido Palti'el (4), con gran desconsuelo de éste, y encarga,

(2) Los LXX.

(3) Por lo visto, palabra afrentosa inventada en la corte de Mahanaim.

(4) 2. Sam., 21, 8, confunde á Micol con Merab, hija mayor de Saul; véase 1. Sam., 18, 19.

con muy poca prevision, al mismo Abner que la lleve á David.

Entretanto Abner habia conferenciado con los ancianos de las varias tribus, inclusa la de Benjamin, persuadiéndoles de la conveniencia de elegir á David, el antiguo campeón contra los filisteos, por rey sobre todo Israel. Marcha despues con Micol y una escolta de 20 hombres á Hebron. David celebra un banquete, en el cual se acuerdan los pormenores del convenio.

Joab habia salido aquel dia á una expedicion por órden de David, el cual de este modo le habia alejado prudentemente. Cuando regresa á Hebron, despues de haberse despedido Abner, hace cargos á David porque le ha recibido y dejado ir en paz, diciendo que solo habia ido á espiar; pero no consiguiendo Joab de este modo lo que se propone, decide llevar á cabo ocultamente su plan de venganza. Sin que David lo sepa, manda volver atrás á Abner, le saluda amistosamente en la puerta de la ciudad y allí le mata vil y traidoramente, tomando de este modo venganza por la muerte de Azael.

Cuando David tiene noticia de este crimen, se muestra muy irritado y maldice la casa de Joab; procura por todos los modos demostrar que no tiene parte en el acto de su sobrino, pero no se atreve á castigar á éste, y dice á sus siervos que ha muerto un príncipe de Israel, pero que él como rey es demasiado débil para castigar á los violentos hijos de Sarvia y que ellos recibirán su merecido de Jehova.

Abner es sepultado en Hebron. El rey se viste de luto y manda hacerlo tambien á los suyos; y vestido de luto sigue el féretro, y compone la endecha:

«¿Por qué murió Abner junto á la puerta?
Tus manos no estaban atadas,
Ni tus piés ligados con grillos;
Caíste como los que caen delante de criminales.»

Esta lamentacion es prueba evidente de que el rey no te-

nia motivo alguno para castigar á Abner, ni para tomar venganza en él. David ayuna aquel dia hasta la puesta del sol.

Aunque David reprueba la vil accion de Joab, no deja por eso de recoger sus frutos. Ha desaparecido el último apoyo de la casa de Saul. El cap. 4, 1, dice que las manos de Eschbaal se descoyuntaron cuando supo la muerte de Abner y que todo Israel quedó atemorizado. En medio del desórden y de la confusion consiguientes á este suceso, dos capitanes benjamitas (¿ó cananeos?) de Be'erot, llamados Ba'ana y Recab, aprovecharon un momento favorable para matar á Eschbaal, sin que se vea claro el motivo que á ello les impulsa. Penetran en el palacio en ocasion en que la mujer que guarda la puerta se ha dormido mientras limpiaba algun grano (1). Eschbaal duerme la siesta en su cámara, cuando entran en ella los asesinos, le cortan la cabeza y la llevan despues á David, en Hebron, esperando obtener de éste una recompensa por haberle vengado de la casa de Saul. Mas David les manda matar, y son expuestos sus cadáveres, con las manos y los piés cortados, en el estanque de Hebron.

No quedando ya ningun saulita hábil para el gobierno (2) los ancianos de Israel se dirigen á Hebron para hacer alianza con David delante de Jehova, y le ungen por rey sobre todo Israel.

Segun 2. Sam., 5, 4, 5, ha reinado David 7 años y 6 meses sobre Judá, en Hebron, teniendo treinta años de edad cuando es elegido rey sobre Judá, y por lo mismo 37 cuando sube al trono de Israel.

No se puede comprobar la exactitud de estas cifras, no dejando de llamar la atencion el que los 7 años de su gobierno en Judá con los 33 de su reinado de Israel, formen precisamente la suma de un reinado total de 40 años. Sin embargo, como veremos mas adelante, esta última cifra parece ser bastante aproximada á la realidad. Creemos, por lo demás, que David debia de tener algunos años mas de edad cuando fué proclamado rey de Israel.

LIBRO QUINTO

LA MONARQUÍA JUDAITA EN ISRAEL

CAPITULO PRIMERO

DAVID, REY DE ISRAEL

I. Liberacion del yugo de los filisteos.

La exaltacion de David al trono de Israel, estando este reino en guerra con los filisteos, debia tener por consecuencia, ó la sumision de todo el pueblo israelita á la dominacion filistea, ó la rebelion contra ella de David y de los judaitas. No habia razon alguna que justificara lo primero, pues que ni la muerte de Saul habia podido distraer de este empeño al pueblo que tan tenazmente luchaba por su libertad. Ante semejante perspectiva, no habria sido jamás elegido David. Por otra parte, si alguna consideracion hacia soportable á los jefes de las familias principales de José y de Benjamin al judaita David como rey, era precisamente la del aumento de fuerzas que les proporcionaba la union con Judá. Tampoco

David podia pensar en continuar, como rey de Israel, siendo lo que la necesidad le habia obligado á ser como rey de Judá, esto es, vasallo del enemigo hereditario nacional. Solo podia confiar en un porvenir para él y su casa, si conseguia llevar á feliz término la empresa en que habian fracasado Saul y los suyos. Habia mucho en su vida que debia ser relegado al olvido, y para hacerlo olvidar, no tenia mas que ese medio. Seguramente que él, que habia conquistado sus mejores

(1) Así se debe leer, segun los LXX, 4, 6, no teniendo sentido alguno en su forma actual.

(2) Segun 2. Sam., 21, 8 todavia existian entonces dos hijos de Saul, habidos de su concubina Rispa, víctimas despues de la venganza de los gabaonitas, pero ambos, independientemente de su origen — que ciertamente no habia sido un obstáculo invencible — son demasiado jóvenes para ser tomados en cuenta. Debido en parte á su origen materno, que no era muy ilustre, y en parte á la rapidez con que se aprovecharon en Hebron las circunstancias del momento, no es de extrañar que nadie se levantara en defensa de los derechos que pudiesen alegar.

timbres de gloria en las batallas ganadas á los filisteos, bajo el reinado de Saul, debia ansiar, desde mucho tiempo, el momento que le permitiese reanudar las mas puras tradiciones de su juventud.

Es, pues, lo mas probable que David recibiera su consagracion como rey de Israel con el convencimiento de que aquel acto entrañaba el rompimiento de su vasallaje respecto de los filisteos, y así debieron juzgarlo tambien estos.

Así se deduce igualmente de 2. Sam., 5, 17 (1): *Cuando oyeron los filisteos que habian unguido á David por rey sobre Israel, subieron á buscar á David; mas éste bajó á la fortaleza.* No se dice qué fortaleza era ésta, pero es de suponer que se alude á Adullam (2).

Del pasaje citado se desprende que el ataque de los filisteos cogió á David completamente desprevenido, y que para no exponerse á una derrota, que en aquellos momentos habria sido tal vez ominosa para el nuevo reinado, se vió obligado á retirarse. No se nos explican los medios que pusieron á David en situacion de tomar la ofensiva, ni tampoco la época en que esto sucedió; solo se nos refiere que David derrotó en Ba'al Perasim, haciendo presa de sus dioses, á los filisteos, que habian acampado en el llano de los Gigantes (Rephaim), entre Jebus (Jerusalen) y Bethlehem.

Esta victoria no debió de ser decisiva, pues siguió una nueva invasion de los filisteos, que acamparon otra vez en el llano de los Gigantes. David consulta al oráculo y recibe órden de no salir al encuentro del enemigo (esto es, marchando desde el Sur), sino de dar un rodeo para atacarle por la retaguardia, ó sea viniendo del Norte. David lo hace así, y derrota á los filisteos desde Gabaon (LXX) hasta Gaza. El mismo Jehova le da la señal, por medio del ruido producido por las copas de los morales, de que él ha salido para pelear con los israelitas contra los filisteos. Esto es todo lo que nos comunica el pasaje citado sobre los combates de David con los filisteos. La continuacion de 5, 25, es 8, 1 y siguientes (3). Aquí se dice que David ha derrotado á los filisteos definitivamente, humillándolos y tomando de sus manos las riendas de la ciudad principal (4). Pero no hay duda de que la lucha de David con los filisteos debió de ofrecer mayor número de incidentes y de vicisitudes que lo que pudiéramos suponer en vista de lo referido en 2. Sam., 5; y así se deduce tambien de los rasgos anecdóticos que nos transmiten sobre David y sus héroes 2. Sam., 21, 15 y siguientes, 23 y siguientes. Sea cual fuere el grado de verosimilitud que pueda concederse á alguno de los hechos relatados en estos pasajes, de ellos se desprende con toda certidumbre que esta lucha fué muy seria y de larga duracion. Que David arriesgara su vida en ella (21, 16 y 17), es un dato cuya veracidad no tenemos derecho para poner en duda (5). En uno de estos combates

(1) Esta es la continuacion de los v. 5, 3, pues los 4-16 que refieren la conquista de Sion, que acaeció despues, se intercalaron en este punto.

(2) A consecuencia de la intercalacion de 5, 4-16, parece deducirse ahora que se alude á la ciudad ó fortaleza de David. Las palabras *el bajo* ya son un indicio bastante claro. De la época de David solo nos es conocida una fortaleza que pudiese ser designada como *la fortaleza*: la de Adullam. Que se alude á ésta, se desprende con toda evidencia de 2. Sam., 23, 13 y siguientes; segun este pasaje, ocupaban los filisteos á Bethlehem, mientras David se encontraba en Adullam. Este torció luego hacia el Sudeste, para atacar al enemigo por su flanco derecho.

(3) 2. Sam., cap. 8, que contiene además de la somera relacion de que hemos tratado, otra de las victorias de David sobre los moabitas y los arameos de Soba y Damasco, de sus relaciones amistosas con To'i (To'u en LXX y 1. Crón., 18, 9) de Hamat, de sus ofrendas y de los altos empleados de su corte, es el final del libro de historia sobre David que empieza en 1. Sam., 14, 52.

(4) Frase figurada para significar la soberanía ó dominacion suprema.

(5) Estas anécdotas sirven cuando menos para proporcionarnos algunos recuerdos exactos de los lugares en que se desarrolló la lucha.

perció Goliath, de Geth, á manos de Elchanan, de Bethlehem.

La parquedad con que se nos da cuenta de esta lucha, así como los caracteres de leyenda que afecta la forma de la descripcion histórica de los pocos datos contenidos en 2. Samuel, 5, forman vivísimo contraste con la importancia que la guerra tenia, tanto para David como para todo Israel. Parece, pues, que cuando la historia se apoderó del asunto debieron de estar muy borrosos los recuerdos de estos combates, ó en su mayor parte solo conservados en forma de leyenda.

En todo caso, los triunfos de David se limitaron á que los filisteos, rechazados repetidas veces, desistiesen de toda tentativa ulterior para volver á dominar al emancipado pueblo israelita, y ó bien tácitamente, ó bien por medio de un tratado de paz, reconociesen el nuevo órden de cosas en Israel.

II. Traslacion de la residencia real á la fortaleza de David.

El paso mas importante y trascendental que dió David hácia la consolidacion de su reino, fué la conquista de la antigua fortaleza jebusea de Sion y la traslacion á ella de su residencia real.

Dijimos ya en su lugar que un grande pedazo de terreno cananeo separaba los territorios de las tribus de Judá y de Benjamin (6). Repartíase este terreno entre los territorios de algunas ciudades, ó mas exactamente, entre los clanes que habitaban éstas y que en tiempo de David se habian adherido ya á Israel, menos el pequeño clan de los jebuseos. Estos últimos tomaban su nombre de su ciudad Jebus, la cual, como otras ciudades cananeas, estaba defendida por una fortaleza especial, la del monte Sion.

Esta fortaleza del monte Sion no se encontraba, como hasta hace muy poco tiempo se ha creido generalmente, en el terreno en que posteriormente estuvo la ciudad principal, Jerusalen, terreno ocupado hoy por el barrio armenio y judío y que se llama monte del Sudoeste, sino en la ladera Ofel, que baja del Norte al Sur y que está separada del monte ya citado por el barranco denominado posteriormente valle de los Queseros (7).

Es muy probable que la fortaleza de Sion (8) se encontrase en el extremo Norte de la ladera indicada, al Sur del que fué despues monte del Templo, separado de aquella por un barranco transversal. La fuente que allí habia, que se llamó luego fuente del Templo, era considerada ya como sagrada por los jebuseos. Aravna (Ornan), el jebuseo, tenia su era en el sitio que ocupó despues el templo.

La escasez de los datos que han llegado hasta nosotros no nos permite determinar mas exactamente la situacion de la antigua ciudad de Jebus y de la fortaleza de Sion; pero dedúcese de ellos con toda seguridad lo que acabamos de exponer.

La posesion de esta fortaleza, punto casi central en el

(6) Véase el mapa etnográfico de Palestina para la época de la constitucion del reino.

(7) Para mas detalles sobre esta cuestion topográfica, véase Furrer, «Jerusalen» en el «Léxico bíblico» de Schenkel, III, págs. 214 y siguientes; von Alten: «La ciudad de David, el reino de Salomon y los sepulcros de los reyes en Jerusalen,» en la «Revista de la Asociacion alemana de Palestina,» III, pág. 116 y siguientes; Klaiber: «Sion, ciudad de David, y el Akra dentro del antiguo Jerusalen,» en la misma obra, págs. 189 y siguientes, tomo IV, 18 y siguientes.

(8) El nombre de Sion fué conservado por los israelitas despues de la conquista, pero se extendió luego gradualmente á toda la ciudad; usábase en particular para designar la parte mas importante de ésta, ó sea el fuerte real y el templo.